

LO QUE ECHE EN FALTA EN EL Nº 7 DE URBANISMO COAM



Si realmente disfruté con esta publicación ejemplar, justo será felicitar a quienes la hicieron posible.

La lectura del editorial resultó reveladora por confirmar el estado de opinión de los colegiados de Madrid que hubieron de sufrir, en su día y por más tiempo del debido, las limitaciones profesionales derivadas de la suspensión de licencias y la aplicación del nuevo documento. Lógico es pensar que resulte imprescindible en este momento crear un estado de defensa, frente a las amenazas de emprenderse por sectores ideológicos concretos, nueva revisión del Plan General. A su vez, de las colaboraciones se deduce la existencia de clarificadoras dudas, recapitulaciones y esfuerzos de comprensión de los resultados por parte de quienes echaron sobre sí, en su día, la carga y responsabilidad de su redacción voluntaria. En otro orden de cosas, entiendo también comprensibles las lamentaciones de otros que cargarán, acaso, con sus previstas e imprevistas consecuencias y, por supuesto, con la fatiga de una difícil gestión.

Durante la gestación del Plan General contemplamos con extrañeza, cómo muchos contenidos disciplinarios y hasta parte del glosario urbanístico se soslayaron públicamente, al propio tiempo que se acumularon contra la propia disciplina acusaciones tales como: haber establecido un marco de procedimiento bien definido para garantizar la eficacia y regularidad en el mercado inmobiliario; haber buscado en sus directrices de desarrollo, calidad de infraestructuras, nivel de servicios, y diseño urbano, exclusivamente el éxito en términos de renta, así como influenciar con sus decisiones planificadoras a favor de intereses de los propietarios privados. Lamentablemente, frente a esto y como alternativa, sólo se apreció el brillo en sus distintas facetas de intervención de la arquitectura urbana. Pienso que exclusivamente fueron éxitos foráneos indudables sobre ciudades históricas de la llanura del Po los que marcaron y condicionaron en estos años el futuro inmediato de la metrópoli madrileña, a quien, sin duda, se aplicaron remedios inapropiados. Resultó, por ello, vana la pretensión de dar solución a todos sus problemas y déficit a través de un Plan General Municipal que en lugar de concebirse como marco flexible, se constituyó cual contenedor rígido de actuaciones diversas que olvidaron, y por lo general invirtieron, las orientaciones de la planificación pretérita.

Dicho esto, me consideraría satisfecho si pudiera, aquí y ahora, aportar algo en la identificación de las causas que llevaron a un estado de cosas evidente, y empezaré por proclamar que nada hay más cierto que cuanto en el urbanismo de Madrid pueda suceder no dista demasiado de lo que por doquier ocurre: a los distintos períodos, con duración de décadas de actividad positiva en la construcción de ciudad sucede, tras acerba crítica, un corto lapso de tiempo orientado a la corrección de la trayectoria seguida. Ante tal realidad, el especialista consciente, ideológicamente libre, intenta en primer lugar situarse en el espacio y en el tiempo, y luego con humildad medir el posible alcance de las acciones que le correspondió emprender. A lo largo de los últimos ciento cincuenta años, ningún movimiento corrector pasó de descubrir los excesos urbanísticos de sus predecesores contemporáneos. Pretender convertir la crítica en alternativa planificadora conduciría, por lo precipitado y traumático, a efectos indeseables, normalmente tan perniciosos como la realidad que propició el cambio de intención. La idea de corregir dista de la ruptura y sólo alcanza el éxito desde la moderación.

Pero aún hay más, la crítica también forma parte y pertenece al momento del pensamiento en que se produjo, y por estar originada como tendencia nacida en su seno, por muy radical que sea, seguirá englobada en aquél y en su tiempo, y perdería todo su valor si se separara del mismo. En este sentido, es revelador el paso del estructuralismo como método general de investigación a la concepción ideológica de sus críticos dialécticos, que precisamente influyeron en forma directa el quehacer planificador de los años setenta y aun ochenta.

El estructuralismo en el planeamiento urbano sirvió para establecer con precisión la interdependencia entre lo simple y lo complejo entre el elemento aislado y el conjunto al que pertenece. La aparición de la lógica simbólica y de la cibernetica le aportaron en su día importantes instrumentalidades que elevaron el estructuralismo a una especie de ideología tecnocrática.

La metrópoli fue vista por los neopositivistas de los años sesenta como sistema de relaciones estables en constante transformación, cuya objetivización científica, extendida hasta los hechos sociales, fue reducida a expresiones formalizadas con las cuales les fue posible operar matemáticamente.

A parte de los enormes errores acumulados con estas técnicas, fue realmente significante la desvinculación de lugar y tiempo en las investigaciones emprendidas.

Esta concepción planificadora, a la que en forma limitada se aproximó el desarrollo del Plan de Madrid de 1963, sobrevaloró las estructuras más fácilmente comprensibles, especialmente las líneas de flujo y centros neurálgicos de actividad, convertibles fácilmente en infraestructuras entre las que se situaron, con la mera condición de polígonos despersonalizados, aquellas otras partes que, precisamente, albergarian estructuras sociales intrínsecamente dinámicas, que de esta manera quedaron faltas de especial atención y afectadas de la fuerte crisis de identidad más tarde denunciada.

Por fuerza, había de aparecer en el seno del propio estructuralismo la crítica a su ideología, que en forma dialéctica señaló el contrasentido de aplicar a las estructuras sociales modelos abstractos, amén de reducir todos los hombres a modelo único. Pero fue al descubrir el carácter ambiguo y contradictorio de las estructuras, así como al aplicar a la praxis que las produce la ininteligibilidad de éstas, y tanto más en la consideración del nexo entre ideología y la sociedad en que se difunde, cuando los pensadores vieron en aquel estructuralismo antes aplicado una auténtica utopía conservadora.

Dentro de este pensamiento, la urbanística de progreso de los años setenta se percataba de que definir la ciudad como "máquina" u "organismo" era un modo de eludir el problema que sólo serviría para, a partir de aquí, construir una base completamente ideológica para obtener soluciones utópicas destinadas a un seguro fracaso.

¿Qué ha sucedido en estos cuatro años, para que le sea aplicable a Madrid la vieja sentencia —"La generación nueva, encontró inadecuada la ciudad legada por sus mayores, y desde ese preciso momento empleó todo su esfuerzo en dejarla igualmente inservible a la generación siguiente"—? A mi juicio, haber seguido ciegamente la crítica, desvinculándola del movimiento estructuralista en que aquella estaba inserta. Tal actitud, rodeada de una riqueza de medios hasta la fecha desconocida contribuyó a hacer rotunda la materialización del nuevo camino emprendido.

Comienza la COPLACO detectando carencias en los barrios, a través del descubrimiento de una praxis ignorada y subyacente, pero, por desgracia, lo hizo a partir de la metodología engañosa de los PAI. Continúa el Ayuntamiento democrático con la magnífica oficina municipal, obsesionado por la plausible idea de mejora, no tan buena de recuperación y mucho menos apropiada, si venía apoyada en técnicas de análisis y planificación, aplicadas ya a otras ciudades no comparables a la nuestra. Su urbanística se convierte, ingenuamente, de multidisciplinar en Disciplina Autónoma.

Su decisión por completar, terminar y suturar, contemplada fundamentalmente desde el punto de vista morfológico, tenía a la fuerza que entorpecer la continuidad, desarrollo e incremento del insuficiente esfuerzo infraestructural ya emprendido. La ciudad fue tratada por partes y realmente se olvidó Madrid. El collage resultante hizo imposible la concepción del conjunto y los éxitos indudables de las intervenciones aisladas se tornaron árboles que no dejaron "vivir" el bosque. La realidad holística, que debió presidir a cualquier otra, no estuvo presente y si apreciamos el alto nivel técnico alcanzado, lamentamos que el brillante esfuerzo desarrollado hubiese preferido "el todo". Nos unimos por ello a las voces de alarma que avisan del nuevo peligro de volver a equivocarse, ahora en el ámbito territorial y a causa del tratamiento sectorial de la aglomeración madrileña.

José López Zanón

Jefe del Departamento Urbanística
y Ordenación del Territorio de la ETSAM